

miembros del grupo de Barranquilla, que Germán Vargas en una de sus charlas dijo que ya Guilard sabía más de su vida que él mismo.

La colección "Conozca a" de la Universidad de Antioquia tiene propósitos semejantes. Hasta el momento ha publicado libros sobre algunos escritores como Manuel Mejía Vallejo, Tomás Carrasquilla y Antonio García, y también ha sucumbido ante la tentación de presentar como escritores a algunos políticos como Alfonso López y Otto Morales Benítez, bajo el pretexto de sus "obras literarias".

El volumen número 6 de la serie, preparado por Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, contiene la información básica completa sobre el novelista y ensayista Eduardo Caballero Calderón. Bedoya y Escobar —ambos licenciados, ambos másteres, ambos profesores de literatura en la Universidad de Antioquia— habían publicado con anterioridad varios trabajos preparados de consuno: lecturas críticas de novelas de García Márquez —*El otoño del patriarca* y *La mala hora*—, Manuel Mejía Vallejo —*El día señalado*— y Daniel Cárdeno —*Viento seco*—, sin contar los textos críticos que cada uno de ellos ha publicado sin la ayuda del otro.

Conozca a Eduardo Caballero Calderón es un libro admirable por el trabajo documental que realizaron estos investigadores. Tomándolo de atrás para adelante, el volumen termina con una relación detallada de 196 fuentes escritas de información y crítica sobre la obra de Caballero Calderón: alusiones en libros, reseñas de sus novelas, noticias sobre sus traducciones.

Si el plato final, de bibliografía sobre Caballero Calderón, llama la atención por lo detallado, más aplastante es la impresión que queda cuando uno mira la bibliografía del autor de *El Cristo de espaldas* que incluyen Bedoya y Escobar: ya de por sí es bastante desacostumbrado que se realice tan cuidadosamente como lo hacen ellos, la lista de libros publicados por Caballero Calderón: diez novelas, once libros de ensayos, dos volúmenes de cuentos, lista de

cuentos no incluidos en libro, dos tomos de memorias, dos de relatos, cinco compilaciones de otros autores realizadas por Caballero, tres libros escritos en colaboración y otros tres de traducciones. En total codifican treinta y seis libros pero, como se anota, esto no es lo más impresionante: Bedoya y Escobar debieron tragar mucho polvo de archivo haciendo el inventario detallado, uno por uno —título, revista o periódico, fecha y página— de todos los artículos de prensa publicados por Caballero Calderón entre 1938 y 1984. Son 46 años de periodismo, de activísimo periodismo, cuya lista abarca 73 páginas, casi la tercera parte del libro de Escobar y Bedoya.

Conozca a Eduardo Caballero Calderón no sólo es bueno porque incluye esa completísima bibliografía de y sobre el novelista bogotano de Tipacoque. Es bueno, también, como *dossier* biográfico y descriptivo de su obra. Técnica de cartilla —información, información—, donde, con fortuna, se rinde culto más a la claridad que a la originalidad. La primera parte es biográfica: allí presentan un cuadro del ambiente familiar de Caballero Calderón, una cronología de su vida y una breve reseña de su vida cotidiana. En este capítulo abundan las notas de pie de página con asuntos que bien pudieron incorporarse en el texto, como cortesía con el lector. El segundo capítulo se dedica a recontar el origen y evolución de su vocación literaria, de la mano de las pistas que el mismo Caballero Calderón ha dejado en sus *Memorias infantiles*; este capítulo se complementa con el siguiente, donde se resumen los argumentos de las principales obras del autor de *Manuel Pacho*, se citan algunas valoraciones de las mismas y, nuevamente, se traen los testimonios escritos del propio escritor sobre cada uno de sus libros.

Si se tienen en cuenta los 196 textos sobre Caballero Calderón que codifican al final, puede decirse que el capítulo más flojo del libro de Bedoya y Escobar es el cuarto, que dedican a las "opiniones críticas sobre su obra", en el cual se refieren a muy pocos críticos. El lector queda igno-

rante sobre qué dijeron, por ejemplo, Eduardo Carranza, Fernando Arbeláez, Hernando Téllez, Agustín Nieto Caballero, Pedro Gómez Valderrama o Rafael Carrillo —para poner los ejemplos más ilustres—, entre los muchos comentadores de la obra de Caballero Calderón.

Hay un último capítulo, antes del recuento estadístico de la producción periodística y bibliográfica de Caballero Calderón, donde los autores ordenan temáticamente algunas citas de sus obras, y que indican con aproximación el pensamiento y el estilo del autor de *Hablamientos y pensaduras*. Sin embargo, se extraña en este capítulo, así como en el primero —sobre todo—, que no haya ningún testimonio directo del mismo Caballero Calderón: los autores hicieron un excelente trabajo de gabinete, agotando los inventarios de la obra impresa del autor de *El buen salvaje*, pero sin tocar para nada la conversación, el contacto directo, por lo menos la correspondencia con Caballero Calderón, y ni siquiera con algún pariente o allegado que pueda dar testimonios personales sobre el autor estudiado. Si lo hubieran hecho, este trabajo, que ahora celebramos por estar completo, con seguridad parecería un borrador del texto definitivo.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO



Leer durmiendo

La obra del sueño
Fernando Cruz Kronfly
Editorial Oveja Negra. Bogotá, 1984,
232 págs.

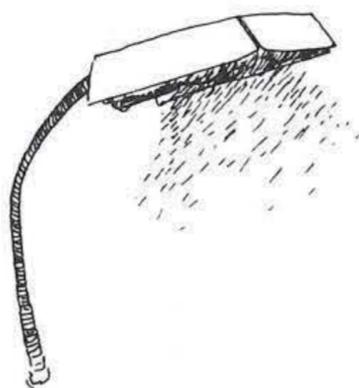
Después de leer este trabajo de Fernando Cruz Kronfly (¿novela?

¿prosa poética? ¿reflexión filosófico-metafísica? ¿cuentos?), queda la sensación de haber asistido a la narración de sueños fragmentados en un mar de retórica cuidadosamente elaborado. Más que un universo creado, resulta un experimento ambicioso que intenta poner en práctica todas las posibilidades del lenguaje literario: uso del monólogo interior, seguido de descripciones casi naturalistas de los espacios, las comidas, los frutos tropicales. Aplicación del recurso costumbrista que se evidencia en algunos diálogos fragmentados como transcritos de la realidad y en pedazos de canciones populares escuchadas en la radio. Invocación íntima a escritores de la talla de Kavafis, Yeats, Breton, Baudelaire, Apollinaire y Valéry. Escenas de patético realismo mezcladas arbitrariamente con episodios fantásticos donde los caballos hablan, fuman tabaco y usan anteojos y donde desaparecen puertas en caminos solitarios. A todo esto se suma la posibilidad de identificar influencias mal asimiladas –a pesar de las declaraciones del autor en la última edición de la revista Puesto de Combate, cuando expresa la necesidad de superar el garciamarquismo y de asumir y transformar las influencias–. El uso del punto de vista del narrador omnisciente, el tono largo y cadencioso sumado al manejo de un tiempo mítico y el encantamiento de la realidad que encontramos en algunos pasajes, nos dejan la sensación de estar leyendo apartes de *Cien años de soledad*. Dos ejemplos:

A pesar del largo viaje que dejaba a sus espaldas y del cansancio que traía encima, su pensamiento permanecía vigilante y atento a las numerosas aprehensiones que no tardaron en abrumarlo desde el mismo momento en que pisó tierra por primera vez, en aquella costa del continente americano donde bandadas enteras de negros se paseaban por la orilla del mar con el pecho cruzado de collares de caracoles amarillos y azules mientras cantaban en coro aquellas rumbas cuya música ve-

nía del más allá, flotando sobre las aguas, como el espíritu remoto de las islas del Caribe (págs. 22 y 23).

[...] Las bombillas de las avenidas comenzaron a estallar, como bombas de cristal, y las ventanas de los grandes edificios, abiertas, vieron salir las últimas hojas de papel, los últimos documentos, los últimos sellos de caucho, los últimos frascos con tinta y las últimas cintas de las máquinas de escribir que cayeron como serpentinadas de colores empujadas por la fuerza del viento, para, a partir de aquel instante, comenzar a llenarse de olvido (pág. 145).



Sin embargo, el gran desacierto de esta obra está en su imposibilidad de crear un mundo. Resulta la suma de historias fragmentadas –arbitraria y gratuitamente– que no logran conformar un universo con significación total. De ahí que los recursos formales se vuelvan fin en sí mismos y resulte fácil identificarlos. Por otro lado, la mezcla de estilos narrativos, aunada a saltos olímpicos dentro de los diferentes códigos estéticos (realismo, naturalismo, realismo mágico, costumbrismo, ficción) hacen que la obra pierda verosimilitud, y aunque sea válido el intento de salirse de lo convencional, el resultado es desigual e inconsistente.

Sin ser una obra argumental, penetramos por separado en diferentes mundos que entre sí no tienen relación alguna, haciendo imposible la creación de un mundo, como ya se dijo.

Por un lado, Genoveva (más una voz emanando del autor que de una mujer), está encerrada en su soledad plagada de delirios y obsesiones solitarias deleitándose con el despertar erótico de sus dos hijas, Patricia y

Jimena, mientras hay un criado fantasmagórico, que conocemos sólo por su evocación, causante de los celos reprimidos de Genoveva.

Despejando la retórica de un lenguaje rico en símiles, pero pobre en metáforas y símbolos, nos queda en esta primera historia fragmentada la evocación de unos seres irreales, que bien parecen obra del sueño.

Paralelamente se narra el “caso” (las divisiones corresponderían más a casos que a capítulos como en *El carnero*, de Rodríguez Freyle) de Santiago, su mujer Susana y sus dos hijos Leopoldo y Alenadoro. Podría titularse: “De cómo Santiago logró evadir el reclutamiento de su hijo Leopoldo por parte de las tropas del general Pompilio enviándolo a Jericó metido en un cajón cargado por Polvo de los Caminos y de cómo su criado Federico fue cruelmente torturado”.

Un tercer caso es el de Salomón Nader, turco que llega a Colombia con la intención de dedicarse al comercio. Con su vivencia el autor nos repasa la realidad colombiana vista con ojos de extranjero, y expuesta en un tono paternalista que disgusta por provenir del discurso del narrador, y a quien seguimos en su trayecto en un tren que lo conduce a la ciudad. De Salomón Nader no volvemos a saber nada desde la mitad de la obra. Poco antes del final y cuando ya el lector se ha preguntado varias veces por la suerte del turco, éste es rescatado a la fuerza gracias a un sueño premonitorio de Genoveva.

Eloy Salamando aparece por obra y gracia de la “irresistible admiración” de Mario (el criado homosexual de Genoveva); sin embargo la relación resulta igualmente forzada, pues la atracción es “despachada” en unas cuantas líneas, para entrar a narrar la increíble historia de un anónimo tendero convertido en leyenda popular al cohabitar con una muñeca de goma que gime y llora.

¿Dónde están los lazos de sentido que unen las diferentes historias? ¿Qué relación hay entre un turco que llega al país y un tendero con fantasías exóticas? ¿Un general presidiendo un desfile y los doce hijos de

Abraham? Fuera de los resortes externos que intentan forzosamente dar una coherencia a los diferentes mundos, queda un trasfondo pintoresco y patriótico al intentar ubicarlos en una Colombia esbozada con los lugares comunes que supuestamente nos identifican (aeropuertos clandestinos, carnavales, vendedores ambulantes, prostitutas...). Todo ello en medio de lamentaciones por el destino del país.

La obra del sueño no es el trabajo de un principiante, y eso es lo que más asombra. Es conocida la trayectoria literaria de Cruz Kronfly con varias novelas y libros de relatos publicados (*Cámara ardiente*, *Las alabanzas y los acechos*) ganadores de diferentes concursos. Además, en el libro se evidencia un conocimiento del oficio. Por ejemplo, las historias donde se urde una trama, donde pasan cosas, son logradas, si se toman por separado. Es evidente que lo hace mejor como cuentista: las partes aisladamente son superiores al todo, a un todo que no se afirma como fundamental. El cuentista no logró abrirle paso al novelista.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO



Amores y amores

El hombre que parecía un fantasma
Manuel Mejía Vallejo
Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 1984

Encuentro imposible hablar sobre este libro sin tener en cuenta *Barba Jacob, el mensajero*, de Fernando Vallejo, que leo y reseño al mismo tiempo.

Manuel Mejía, como Fernando Vallejo, ama a Barba. Pero hay amores y amores. El de Manuel Mejía, para quien Barba es, entre otras cosas, “una hermosa vergüenza personal”, es sentimental y por lo tanto

superficial. El de Fernando Vallejo es absorbente y apasionado, tanto que se le entrega en cuerpo y alma y logra darnos al hombre, que para Manuel Mejía es un fantasma.

El libro de Manuel Mejía consiste en la reproducción de siete entrevistas a cuatro escritores guatemaltecos publicadas en *El Espectador* entre el 52 y el 53. Es, pues, uno de esos volúmenes, tan populares entre nuestros escritores, que reúnen notas, artículos, reseñas, entrevistas o crónicas publicadas años antes y que tienen la ventaja de convertirse en libro como por arte de magia, sin ningún trabajo, salvo el de justificar la edición por medio de una introducción o un prólogo a manera de excusa o de profesión de fe.

Es lo que Manuel Mejía ha hecho y tiene derecho de utilizarlo como a bien tenga, pero si posee un grano de autocritica tendrá que pensar dos veces el hecho de publicar, sin ninguna modificación, lo que hizo a la ligera años atrás. Hay escritos que desgasta el paso del tiempo y no es mala idea que permanezcan enterrados bajo la masa de pulpa que llena la prensa diaria de todas las épocas. Y dar la idea de que esos apolillados textos tienen algo de vigencia es por lo menos descortés con el lector, sobre todo cuando, como en este caso, llevan un título que promete mucho más de lo que nos brinda el contenido.

¿Por qué? Porque, como sucede en este caso particular, los escritos sólo tienen interés por lo que nos revelan sobre el propio escritor y porque sólo contribuyen a oscurecer el tema supuestamente tratado. Si no tuviéramos *Barba Jacob, el mensajero*, muchos podrían pensar que Barba es, en efecto, un fantasma o más bien un mito surgido de una leyenda, fruto de fantasías, mentiras, chismes, prejuicios y decires sobre el que nada era averiguable. No quedaría más que recitar al poeta en reuniones étlicas y repetir una vez más las mismas anécdotas.

Manuel Mejía vivió cuatro años en Centroamérica, en una época en la que habría podido hablar con una infinidad de personajes que conocie-

ron a Barba y que en ese momento no estaban muertos o amnésicos, como los encontró Fernando Vallejo veinticinco años después. También pudo leer los escritos periodísticos de Barba o investigar su vida en los países donde ambos vivieron.

Pero Manuel Mejía se contentó con entrevistar a los más conocidos escritores que lo habían tratado y con registrar sus recuerdos sin averiguar nada por su lado, sin investigar, como sí lo hizo Fernando Vallejo, rompiendo con todas las tradiciones nacionales. Tal vez el momento no estaba maduro. No había la voluntad de seguir las confusas huellas de Barba.

Manuel Mejía tenía entonces –y, por lo visto, la conserva– una sempiterna costumbre colombiana consistente en hacer la vista gorda ante los hechos, para poder cubrirlos con una mermelada retórica. La historia no importa, sólo la idea que uno tenga de ella. Y más si se trata de un escritor que uno puede recitar a sus anchas en cafés y burdeles, lo mismo que en artículos y conferencias.

Así justifica Manuel Mejía sus escritos sobre Barba en esas cuatro o cinco cuartillas que bajo el título de introducción expresan su voluntad inquebrantable de seguir siendo ignorante, despreocupado y feliz: “¿Qué hago con Barba Jacob, sino saberlo? Sigue siendo un poeta para mi consumo personal, para la sonrisa de algunos que no podrían entenderlo, para el dolor prestado”. Barba es su propiedad y es suficiente que lo haya vivido. Continúa: “Conocedor del vagabundo de almas y geografías que fue este hombre, me resisto a reiterar su errancia y su extravío, su dolor gritón, su opaca ternura, su maravilla. Porque me sacudieron aquellos versos con latido cercano; porque sufrí su desgarramiento y su inocencia, su pecado y su expiación; porque perdí la razón de sus fracasos; porque sigue oscureciéndome la mirada cuando el corazón dicta sus canciones [...]. Estuvo a mi lado con las putas de Jardín y Jericó, la Zarca, Chelito, Leucemia, las que nos quisieron por compromiso. Cuando les entregaba a Barba, ellas me da-